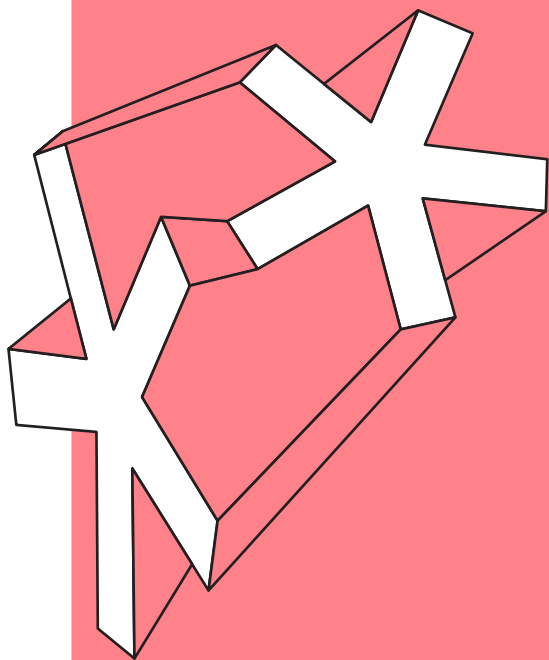


LUIS IGNACIO GARCÍA

FASCISMO COSPLAY

Crónicas del desconcierto
en el laboratorio argentino



FASCISMO COSPLAY

Crónicas del desconcierto
en el laboratorio argentino

García, Luis Ignacio
Fascismo cosplay. Crónicas del desconcierto en el
laboratorio argentino
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Caja Negra, 2026
224 p.; 20 x 13 cm. - (Futuros Próximos; 71)

ISBN 978-987-8272-47-4

1. Política. 2. Fascismo. 3. Crítica Cultural. I. Título.
CDD A860

© Luis Ignacio García, 2026

© Caja Negra Editora, 2026

Caja Negra Editora

Buenos Aires / Argentina
info@cajanegraeditora.com.ar
www.cajanegraeditora.com.ar

Dirección Editorial:
Diego Esteras / Ezequiel Fanego
Producción: Malena Rey / Sofía Stel
Coordinación: Candelaria Pera
Diseño de Colección: Consuelo Parga
Diseño de Tapa: Sabrina Simia
Maquetación: Natalia Brega
Corrección: Eva Mosso

ÍNDICE

<u>13</u>	Agradecimientos
<u>17</u>	Prólogo
<u>23</u>	Aberración
<u>24</u>	Fascinante
<u>25</u>	Gozosa austeridad
<u>26</u>	El dolor
<u>28</u>	La justicia como lenguaje
<u>29</u>	Capitalismo y nihilismo
<u>30</u>	Demoliendo tabúes
<u>31</u>	Usá tu odio para el bien común I
<u>32</u>	Síntesis de derechas
<u>34</u>	Progresismo antiprogresista
<u>35</u>	<i>Mindfulness</i> y neofascismo
<u>36</u>	Adoctrinamiento I
<u>37</u>	Cómo se mide un terremoto
<u>38</u>	¿Nunca más?
<u>40</u>	Usá tu odio para el bien común II
<u>41</u>	Guerra psicológica
<u>42</u>	Durruti
<u>43</u>	Esoterismo y redes
<u>45</u>	Democratizar el goce
<u>46</u>	Ulises desatado
<u>47</u>	Adoctrinamiento II
<u>48</u>	Lo inapropiable
<u>50</u>	Adiós al siglo XX
<u>51</u>	¿Goce?
<u>52</u>	Imaginación social uberizada
<u>53</u>	Del pacto democrático al pacto oscurantista

<u>55</u>	Neoliberalismo progresista
<u>56</u>	El horror no mejora a nadie
<u>57</u>	No es cinismo
<u>58</u>	Dejen morir a Conan
<u>59</u>	Bovarismo de Estado
<u>61</u>	Terraplanismo I
<u>62</u>	Terraplanismo II
<u>63</u>	Política de la aceleración
<u>65</u>	Literalidad
<u>66</u>	El objetivo es el alma
<u>67</u>	<i>No es libertad, es odio</i>
<u>68</u>	¿Fascismo?
<u>70</u>	Terraplanismo III
<u>71</u>	Fanatismo escéptico
<u>72</u>	Economía y crueldad
<u>74</u>	Jugar en otra liga
<u>75</u>	Más profeta que rey
<u>76</u>	<i>Boring show</i>
<u>77</u>	La crueldad es la estructura
<u>79</u>	Idiotéz erudita
<u>80</u>	Irracionalidad instrumental
<u>81</u>	<i>Flood the zone with Bannon</i>
<u>82</u>	La hiperpolitización de la antipolítica I
<u>84</u>	Todo roto
<u>85</u>	Contradicción performativa
<u>86</u>	Arte contemporáneo: laboratorio anarcocapitalista
<u>87</u>	Espuma
<u>89</u>	Siempre la violencia I
<u>90</u>	+ Ironía – Cinismo
<u>91</u>	Hay fakes y fakes
<u>93</u>	“Milei no tiene razón, pero sus votantes sí”
<u>94</u>	Anestésica del shock
<u>95</u>	Hartos de “sorpresas”
<u>96</u>	Dejen el “cordón sanitario” a los higienistas
<u>98</u>	Por un universalismo situado I
<u>99</u>	9 de julio

<u>100</u>	Lo intratable
<u>101</u>	Posdemocracia I
<u>103</u>	La rebelión del público
<u>104</u>	La oreja de Trump
<u>105</u>	Troll en jefe
<u>106</u>	Reprimirizar las pasiones
<u>108</u>	Dos versiones de la posverdad
<u>109</u>	La inflación lo puede todo
<u>110</u>	Violentar los límites
<u>111</u>	<i>Festina lente</i>
<u>112</u>	La letra con meme entra
<u>114</u>	Instrucciones para pasarse tres pueblos
<u>115</u>	Parainstitucionalidad
<u>116</u>	<i>No esperes demasiado del fin del mundo</i>
<u>118</u>	Instagram y Walter Benjamin
<u>119</u>	Sin lugar para los débiles
<u>120</u>	¿Cómo se habla con un fascista?
<u>122</u>	Selfie de un salto al vacío
<u>123</u>	<i>White trash</i>
<u>124</u>	Salud mental en crisis
<u>125</u>	Del carisma al <i>Joker</i>
<u>127</u>	El síntoma Lovecraft
<u>128</u>	Dominación esquizo
<u>129</u>	Orden caótico
<u>130</u>	El algoritmo sagrado
<u>132</u>	Siempre la violencia II
<u>133</u>	Tiempo de revancha
<u>134</u>	<i>Cementerio de animales</i>
<u>135</u>	Hiperpolitización de la antipolítica II
<u>137</u>	De la batalla cultural a la guerra psicológica
<u>138</u>	<i>Trumpwashing</i>
<u>139</u>	Fascismo cosplay
<u>141</u>	De Milei-efecto a Milei-causa
<u>142</u>	Nihilismos
<u>143</u>	Las dos vanguardias
<u>144</u>	Ingobernables

<u>146</u>	Un año de Mileisplaining
<u>147</u>	De los Supersónicos a los Picapiedras
<u>148</u>	Conan y el antihumanismo neofascista
<u>150</u>	Su autenticidad, nuestra hipocresía
<u>151</u>	Realismo (mágico) capitalista
<u>152</u>	Una elite idiotécnica
<u>153</u>	El síntoma Luigi Mangione
<u>155</u>	Beatriz Sarlo
<u>156</u>	<i>Vértigo index veri</i>
<u>157</u>	El nuevo inconcebible
<u>158</u>	Victor Klemperer
<u>160</u>	Ilustración oscura I
<u>161</u>	Antifa
<u>162</u>	Ilustración oscura II
<u>164</u>	De qué verdad seremos capaces
<u>165</u>	Al clóset nunca más
<u>166</u>	Volvamos a la verdad, discutamos a cuál
<u>167</u>	<i>Fact-checking</i> en tiempos de posverdad
<u>169</u>	De la excepción a la regla
<u>170</u>	El comunismo de la lengua
<u>171</u>	La distancia justa
<u>173</u>	Negacionismos I
<u>174</u>	Del cinismo al consumo irónico
<u>175</u>	Negacionismos II
<u>176</u>	¿Casta o catedral?
<u>178</u>	Negacionismos III
<u>179</u>	Negacionismos IV
<u>180</u>	Criptodemocracia
<u>182</u>	Cultura hype
<u>183</u>	Hiperstición
<u>184</u>	Mallarmé y la IA
<u>185</u>	Lo real como casino
<u>187</u>	Giro estocástico
<u>188</u>	Ilustración radical vs. Ilustración oscura I
<u>189</u>	Adolescencias
<u>191</u>	Prepotencia impotente

<u>192</u>	Palestina I
<u>193</u>	Impasse
<u>194</u>	Palestina II
<u>196</u>	Nadie lee, algunos viralizan
<u>197</u>	Nunca fuimos woke
<u>198</u>	La izquierda trumpista I
<u>199</u>	La izquierda trumpista II
<u>201</u>	Mutación antropológica
<u>202</u>	Oligarquía popular
<u>203</u>	Palestina III
<u>204</u>	La tentación identitaria
<u>206</u>	Por un universalismo situado II
<u>207</u>	Nuevos heroísmos para tiempos violentos
<u>208</u>	Paradojas de la hiperrealidad
<u>209</u>	Esto no es IA
<u>211</u>	Posdemocracia II
<u>212</u>	La moneda gira en el aire
<u>213</u>	Ilustración radical vs. Ilustración oscura II
<u>215</u>	Imaginar no es especular
<u>216</u>	El vértigo de nuestro lado
<u>217</u>	<i>Brave new world</i>
<u>218</u>	Daddy Yankee
<u>220</u>	Hacerle trampas a la literalidad
<u>221</u>	La primera generación de una nueva humanidad
<u>222</u>	Guerra civil mental



PRÓLOGO



“Vivimos tiempos de...”: complétese la frase con cualquier exabrupto, con el apóstrofe más insólito o la acusación más drástica, désele un remate absurdo o conternado, y ya se estará participando exitosamente en el festival de diagnósticos, balances e imprecaciones en que se ha convertido nuestro presente. Quizá tengamos allí una promisoría fórmula de partida: *vivimos tiempos de diagnósticos*, podríamos sentenciar, y excusar así con los vicios de la época los desaciertos de este libro. Pero no. Vamos a optar por correr el riesgo, suspender la incredulidad, y participar de este ahora, que como todo ahora es, antes que nada, su propia ilusión de presente. Este será nuestro modesto aporte a la confusión general.

Reiniciamos entonces, quitamos comillas, y ensayamos:

Vivimos tiempos mutantes. No de transición, sino en trance. Perdimos el reaseguro de la transición, que prometía llevarnos de un lugar conocido a un lugar anticipado, a través del razonable paréntesis de una confusión metabólica. La velocidad ha amarrado la experiencia de la

transformación a su centro de exasperante quietud. Cuanto más rápido vamos, menos nos movemos. El paréntesis se invierte y nos deja suspendidos en un afuera sin orillas. A fuerza de aceleración ha cambiado nuestra idea de cambio. No hay transición sino vértigo. Y en el vértigo las ideas de lo viejo y de lo nuevo, mojones que alineaban el tiempo, se disuelven en la materia oscura de un ahora brillante y violento. ¿Surgen los monstruos? Claro, todo ha devenido monstruoso. La pregunta es qué tipo de monstruos nos proponemos ser.

O también: tiempos de confusión radiante. Crujen los marcos de la comprensión, y las palabras ingresan, desorientadas, al acelerador de partículas en que se ha convertido el presente. Giran en falso en la superficie ingrátida de gramáticas suspendidas. Una suerte de apagón alfabético las devuelve al estadio del grito y del grafismo, a la espera de las marcas históricas en que modularán sus nuevos rostros, y, en ellos, sus nuevas vidas pasadas. Mientras tanto, las palabras son el ruido y la furia de un presente desatado a su propia convulsión, a su voluntario salto al vacío. Por supuesto, siempre fueron eso, pero hoy lo son más que nunca. Y además lo saben. El agujero del sentido se abre en cada una de ellas. Nos asomamos y lo vemos: la verdad y el delirio se abrazan en la misma caída libre.

Y no, aquí no parece haber lugar para las certezas. Sostener certidumbres, que siempre son las del pasado, conduce al círculo risible y autoperódico de la explicación. Y cada explicación nueva vale por un nuevo síntoma, como si hoy el diagnóstico, la acumulación de diagnósticos, estuviera entre las causas de la enfermedad. Pero, por las mismas razones, tampoco hay margen para la mera irresolución: la ferocidad de lo real arrasa las marquesinas del opinador vacilante. Por eso, la conjetura habrá de ser taxativa y operante, así como la certeza conjetural y especulativa. Sin las garantías de la creencia, ni el lujo de

la duda, nos queda ensayar imágenes potentes de lo que es y de lo que no es. Devolver a este presente imposible su posibilidad, su virtualidad y potencia. La furia de sus palabras habilita un régimen así. Como si anunciara: la verdad de este tiempo será convulsiva o no será.

¿Qué escritura practicar en una época como esta, qué ritmos, qué escansiones, qué gestos? Escrituras múltiples, sin dudas, multiplicadas a fuerza de tentativa. Ensayo, sí, pero ensayo y error: escrituras en estado de experimentación y autoboicot. En un tiempo minado de trampas, hacernos las trampas a nosotros mismos. Escrituras del desastre, de la ausencia del astro y del rumbo no marcado. Que arriesguen un ritmo en plena caída, que se contagien la rabia y la confusión. Que asuman la belleza caprichosa del desmoronamiento. Alegoresis táctica: vaciamiento y autoficción, cada vez, soberanía injustificada sobre lo incierto. Frivolidad táctica: ataviarse de lo último para desnudarse en lo que permanece. El humanismo, al banquillo: en el infierno de las buenas intenciones, movilizar la muerte de la intención. Porque la divisa sigue siendo la de Leónidas Lamborghini y su poética peronista-situacionista de la impureza: *asimilar la distorsión y devolverla multiplicada*.

Estas páginas, como prefería Brecht, se encomiendan menos a los buenos viejos tiempos que a los malos nuevos. Abrigan una confianza infundada en la época, en las ruinas que depara. Quieren participar de ella, adivinar su *tempo*. Optan por una forma simple de inoculación: dejarse conducir por uno de los jinetes de este apocalipsis, las redes sociales. Este libro nació como montaje de posteos de Instagram: 2200 caracteres como extensión máxima, diálogo con una imagen evanescente, exposición a los circuitos tortuosos del *like*. Esta coacción formal fue la conexión a un ritmo, a una ecología de los signos, y a las posibilidades de una intimidad pública. Y ahora, este pasaje del post al montaje, de la actualización del feed a la reversibilidad de la página, de la imagen visual al título

como imagen literaria, busca contagiar al viejo aparato de Gutenberg con los modos de nuestra existencia digital. Puede que este presente extraño y raudo carezca de forma, pero, si la tuviera, no parece caprichoso buscarla revolviendo los residuos lingüísticos que las redes sociales acumulan como compost semiótico de lo que vendrá. Toda actualidad es una decisión acerca del vínculo entre nuevas formas técnicas y nuevas formas de percepción. El algoritmo es el brutal acelerador de nuestra época. La escritura, por su parte, es tiempo en polvo, y arrojarlo a los ojos del presente puede regalarnos un instante de gracia, una demora breve en que la percepción se torne posible.

Estos fragmentos partieron del desconcierto abrumador generado por el triunfo de Javier Milei en las elecciones de 2023 en la Argentina, y se escribieron, entre inicios de 2024 y fines de 2025, como una crónica virtual de ese desconcierto. Con la soltura y la impunidad del diario, cuya coherencia es una eventualidad del resultado y nunca un punto de partida normativo, porque el sujeto del diario es experimental, no precede a su escritura, sino que busca constituirse en ella. No oculta sus titubeos y contradicciones, se las permite y ensaya imágenes pensantes con ellas, a través de ellas. Es menos un balance que un conjuro profano en un tiempo tan extraño y tan duro. Intenta interrumpir el círculo de certeza e incertidumbre, de quiénes la vieron y quiénes no, el juego de las anticipaciones previsibles. Ensayo montajes posibles de un presente a la deriva, mapas de un territorio sin demarcar, una caja de herramientas de funciones inciertas, banderas para plantar en una tierra que no existe.

Pero el desconcierto que explora no es signo de una anomalía sólo política, ni mucho menos electoral, sino de una transformación más profunda, de la que el triunfo de Milei es síntoma notorio, y tan argentino en su exceso. Pero síntoma antes que causa. Y su exceso no es el exceso del desvío, sino el de la demasía, una demasía de presente,

de sincronía con una historia salvaje que ya estaba sucediendo en Argentina y el mundo. Y que necesitamos comprender para no sucumbir en ella, y para tampoco permitirle a ella rendirse a su propia ficción de novedad.

Hasta aquí la apuesta, el ensayo. La lectura dirá lo demás.

Y por cierto que también en ese terreno es todo convulsión. Si la escritura tiene su historia, tanto más la lectura. Podría fecharse el fin del siglo XX menos en la caída del famoso muro que en la crisis de esa figura que lo definió: la del lector, la de la lectura, como tecnología política eminente. El tránsito aquí propuesto del posteo al papel, de la pantalla a la página y de las redes al libro, imagina una diagonal acaso inexistente entre dos figuras, y, finalmente, entre dos siglos: el de la lectura y el del scrolleo. Si este libro quiso contagiarse de siglo XXI, arrastra sin embargo esa fe del siglo XX, la del último lector. La ferocidad del presente ha expuesto las palabras a su reverso. No sabemos aún en qué se transformará la escritura, menos sabemos qué será el reverso de la lectura.

¡Cavernícolas!, profetizaba Héctor Libertella, chamán retrofuturista de la literatura argentina. En esta nueva y extraña caverna que ya habitamos se descifrarán los signos herméticos de este monstruo que ya somos.

ABERRACIÓN

Cuando la noche del 13 de agosto de 2023 un candidato excéntrico y marginal celebró su inesperado triunfo en las elecciones primarias en la Argentina y sostuvo, eufórico, que “la justicia social es una aberración”, algo vital se quebraba. Se podía oír, nítido, el crujido sordo al interior del cuerpo colectivo. Su sentencia terminaba de instalar una batalla por el dislocamiento de toda una gramática política en nuestro país, que nos llevaría, en muy poco tiempo, a una aceleradísima transformación de la discusión pública, empujándonos hacia los umbrales del desquicio. Al apuntar contra la “justicia social” como significante articulador de las diferencias sociales, el presidente ahora electo iba claramente más allá de la pregnancia de esa noción dentro de la tradición peronista, y apuntaba a destituir el lugar mismo de cualquier noción de bien común (socialista, católica, liberal, judeocristiana) como criterio compartido desde el que dirimir las

diferencias políticas: no sólo se anunciaba la destrucción final de las políticas sociales del bien común, las formas ya ruinosas de la justicia distributiva del Estado de bienestar, sino las propias gramáticas del debate que suponen acuerdos mínimos en torno al bien común como objetivo compartido. Diríamos: lo común en su sentido mínimo, y más acá de todo rasgo sustantivo, el objetivo mismo de tener objetivos compartidos. Consolidaba entonces un ataque contra significantes fundamentales de nuestra vida política, un ataque en curso desde el surgimiento de su espacio político, “La Libertad Avanza”, cuando la palabra “libertad” pasó a convertirse en territorio de un tipo nuevo y singular de disonancia cognitiva y desinteligencia colectiva. Si la democracia vivía gracias al antagonismo, las formas posdemocráticas de la política actual se ligan a problemas asociados a lo que en teoría de la argumentación denominan “desacuerdos profundos” o en sociología de la comunicación llaman, famosamente, la “polarización”: el *out of joint*, el fuera de quicio de nuestro tiempo no tiene nada que ver con una hipérbole psicopatológica, sino con el reconocimiento de la pérdida inducida de los criterios comunes de comprensión del mundo.

FASCINANTE

Leo en el diario de hoy la frase “el pueblo asiste con espanto a la seguidilla de provocaciones del gobierno”. Yo diría: con espanto, sí, pero también con fascinación. Por un lado, el espanto, el escándalo, por sí mismo, seduce. No sólo en el sentido neoliberal, menemista, de la fiesta del exceso, sino también en el sentido *gore*, del género de terror: la intensificación afectiva es mucho mayor ante el horror que ante un tranquilo placer positivo. La “seguidilla de provocaciones” es el saque de aceleración que nos

entrega el vértigo embriagador del subidón colectivo. Pero además hay que reconocer que, a golpe de provocación permanente, la política volvió a cobrar iniciativa, volvió a ser esa “herramienta para transformar la realidad” de la que se jactó el progresismo kirchnerista en sus mejores momentos y a la que traicionó tan notoriamente en el último gobierno progresista. Que esa transformación coincida con la destrucción no es algo que merme su poder de sugestión, sino todo lo contrario. Por eso, el espanto se combina con la fascinación (el temor con el respeto, como en la vieja estética de lo sublime). Incluso en sus críticos, que sabemos que en este experimento feroz hay un momento de verdad con respecto al estado del mundo, de nuestro pueblo, y de lo político actual y por venir. Una verdad cuya atrocidad le agrega densidad y peso de realidad, en vez de quitársela. Y si no reconocemos esa complicidad entre espanto y fascinación de la que este experimento vive, difícilmente vayamos a comprender el brete en que nos metimos. ¿Recuerdan “Fascinante fascismo”, el ensayo de Susan Sontag?

- 25 -

GOZOSA AUSTERIDAD

Austeridad y goce: articular estos dos términos incompatibles quizá sea uno de los logros más sorprendentes y meritorios de este gobierno. La diferencia con los ajustes del pasado es, se ha dicho, la extrema radicalidad de este. La receta fue pública: “Hacer lo mismo, pero más rápido” había dicho Macri en su balance autocrítico, dando la pauta del aceleracionismo que se vendría. Ahora, esa es la receta económica. Milei inicia su gobierno en la zona en la que ese ajuste no sólo se radicaliza, sino que se convierte en motivo de goce colectivo. La motosierra simboliza ese tránsito. Eso es lo pavorosamente novedoso. Mostrar el despidido

de miles de trabajadores como un trofeo político supone y a la vez instituye un clima de época regido por la crueldad y el goce específico que esa crueldad puede ofrecer a escala masiva. La fórmula de esta locura diría algo así: si el ajuste es moderado, vas a tener que pagar un alto costo político, porque un ajuste moderado no puede convertirse en circo, es un ascetismo triste y gris; ahora, si el ajuste es desmesurado, vas a poder convertirlo en rédito político, porque activa un exceso que podés transformar en fiesta popular. Una cosa es perder plata, ¡y otra muy distinta que rueden cabezas! El gobierno no gestiona sólo un problema de velocidad, sino también un experimento sobre los resortes de la adhesión, sobre los móviles del comportamiento humano, sobre las formas del apego: el exceso, la hipérbole, preparan el espacio enrarecido en el que el menos (el ajuste, la austeridad) se puede convertir en más (festejo, celebración). “¡No hay plata!”, vociferaba la multitud enardecida. Por eso la hipérbole en este gobierno no es una figura de su retórica, sino el motor de su lógica y de su dinámica afectiva. Porque lo excesivo ofrece el aliciente de la transgresión, aun cuando se trate de un exceso de ajuste y represión. Y sí: si no vamos a transgredir las leyes del mercado, ¡transgredamos entonces las leyes de la civilización! Y eso produce una deliciosa conmoción, una morbosa embriaguez, que paga, con interés compuesto, el costo de un ajuste brutal. La austeridad sólo puede resultar gozosa como fiesta de la crueldad.

EL DOLOR

La propuesta es gobernar a través del dolor. No hay nada más concreto en la vida política que el dolor, como en la dolorosa década del treinta lo había visto Ernst Jünger, que tituló *El dolor* a uno de sus trabajos políticos más

importantes de esos años. El odio, el resentimiento, la revancha, son derivados del sufrimiento colectivo, formas afectivas que emergen de la sedimentación del dolor. Por supuesto, a ese sufrimiento ni lo inventó ni lo generó Milei. Él hereda la turbia energía contenida en un dolor colectivo acumulado por años, y multiplicado en la pandemia. Con la disponibilidad de esa materia prima inflamable, Milei despliega esta manera de gestionarla, de modularla. Es el combustible para su aceleración. Y la receta es la que siempre tuvo el fascismo: dar expresión al sufrimiento, sin dar solución a sus causas. O, más precisamente: *dar expresión al sufrimiento con el objetivo de dejar intocadas sus causas*. La moral del progresista lo conduce a priorizar las “causas estructurales”, inhibido siempre a dar expresión al sufrimiento contenido (lo que para él sería barbarie, violencia, discursos de odio, crueldad, etc.). Pero cuando, durante años, no se atacan esas causas, no se elimina su eficacia, la expresión desinhibida del sufrimiento invisibilizado es vivida como auténtica liberación, aun cuando no se toquen sus verdaderas razones. Una liberación que tiene dos frentes, uno interno y otro externo. El sufrimiento propio se gestiona a través de una ética sacrificial (que justifique el dolor propio: “Esta vez valdrá la pena”, etc.), y el sufrimiento ajeno a través de una política de la crueldad (que habilite al disfrute del dolor ajeno: la revancha contra un “otro” difuso devenido chivo expiatorio –hoy, la “casta” de trabajadores del Estado, mañana veremos). Sacrificio y crueldad son las dos caras de una misma estrategia de gobierno a través del dolor y de su potencia irresistible: ustedes, fracasados del “campo popular”, sigan teorizando sobre las “causas estructurales” (garantismo y keynesianismo), que nosotrxs los liberales conectamos con el sufrimiento real de la gente (mano dura y baja de la inflación).